

Al acabar el año de la vida consagrada

Fernando Millán Romeral, O.Carm.

Prior General

E-mail: fmillan@ocarm.org

Recibido: 8 de febrero de 2016
Aceptado: 12 de febrero de 2016

RESUMEN: Concluido el Año de la Vida Consagrada, el Prior General de los Carmelitas hace un balance de los principales temas abordados. Para ello, se apoya en las indicaciones que el papa Francisco ofreció a los superiores generales de las órdenes y congregaciones masculinas, en noviembre de 2013. Concretamente, trata de la importancia del testimonio de la vida fraterna en comunidad, de la centralidad de la misión en la vida de la Iglesia, de la siempre delicada cuestión de cómo se injerta el polo carismático de la Iglesia en su estructura y, finalmente, de la permanente preocupación en torno a la formación de los religiosos jóvenes, en un mundo tan complejo y cambiante como el nuestro.

PALABRAS CLAVE: Iglesia, misión, papa Francisco, vida consagrada.

El 29 de noviembre de 2013 tuvo lugar en la llamada aula del Sínodo del Vaticano un encuentro que, sin exagerar, podría ser calificado de "histórico". En el marco de la 82.^a Asamblea de la Unión Superiores Generales (USG)¹, se reunieron con el papa Francisco

los superiores generales de las órdenes y congregaciones religiosas masculinas para dialogar acerca de la vida consagrada, de su misión en la Iglesia y en el mundo de hoy y de los elementos que la pueden hacer más significativa y evangelizadora.

Este encuentro tuvo algo de peculiar y de sorprendente. En primer lugar, el papa Francisco es el primer Papa religioso de los últimos doscientos años. El último pontífice religioso fue el camaldulense

¹ Estas asambleas se celebran con toda regularidad dos veces al año (mayo y noviembre) en el *Salesianum* de Roma y en ellas se tratan tanto temas monográficos como cuestiones de la actualidad de la vida consagrada.

Gregorio XVI, elegido en 1831. Él mismo lo subrayó al inicio del encuentro: se trataba de un religioso entre religiosos. En segundo lugar, Francisco recibió a la USG muy al principio de su pontificado, tan solo unos meses después de su elección. Fue todo un signo, teniendo en cuenta (y no es ningún secreto) que las relaciones entre la USG y la Santa Sede no siempre habían sido todo lo fluidas y armónicas que se podría esperar. En tercer lugar, el Papa no quiso un encuentro formal y así nos lo hicieron saber. En lugar de un discurso protocolario, el Santo Padre prefirió un diálogo espontáneo: que los generales hicieran preguntas acerca de diversos temas y cuestiones en relación a la vida consagrada. La tarde anterior al encuentro, los generales de la USG decidieron que, pese a la amable invitación del Papa a preguntar espontáneamente, quizás sería mejor preparar algunas preguntas clave para poder así aprovechar esa gran ocasión. Ello no supuso (no debía suponer) robarle espontaneidad ni frescura al diálogo con el Papa y como prueba de ello se nos pidió insistentemente que no se grabaran de ningún modo las palabras del Papa, porque iba a hablar de forma totalmente libre y sus palabras podrían ser sacadas de contexto y manipuladas. Por ello, se decidió que el P. Antonio Spadaro,

jesuita, director de *La Civiltà Cattolica*, hiciese un resumen oficial que sería publicado en la revista y traducido a diversas lenguas².

Al día siguiente, allí estábamos los generales con una amalgama de hábitos y de vestimentas, algo nerviosos, pasando los controles reglamentarios para encontrarnos con el papa Francisco. Puedo decir que el encuentro desbordó todas las expectativas. El Papa llegó muy tranquilo y relajado, bromeó con algunos generales a los que ya conocía y comenzó una mañana de trabajo que se convertiría en un verdadero ejercicio de discernimiento, de reflexión común y de verdadera comunión eclesial.

Las preguntas se fueron sucediendo y el Papa respondió de manera serena pero espontánea, a veces bromeando, a veces con un tono serio o incluso con pasión y emoción. El papa Francisco parecía sentirse a gusto. El diálogo es el género literario que mejor domina. Es bien conocido en Roma (basta observar en televisión sus homilias o sus discursos) que cuando lee un discurso se siente encorsetado y, tras leer algunos párrafos, comienza a salirse del texto y

² Cf. A. SPADARO, "«Svegliate il mondo». Colloquio di Papa Francesco con i Superiori Generali", en *La Civiltà Cattolica* 3925 (2014), 3-17.

a mirar a la gente, al auditorio, a los presentes. Francisco necesita el diálogo personal y nunca se dirige a las nubes o a un auditorio anónimo o amorfo. Cuando ya se iba haciendo tarde (y tras más de tres horas de diálogo), el P. Adolfo Nicolás, preósito general de la Compañía de Jesús y en aquellos momentos presidente de la USG, de forma muy educada y sutil, dio a entender que no queríamos abusar de la paciencia del Papa ni de su tiempo, pero él, con un tono porteño, directo y desenfadado, nos dijo que prefería estar con nosotros porque en casa le esperaba una tortura. Cuando algunos ya empezaban a pensar en conspiraciones o intrigas al estilo de Dan Brown, el Papa señaló que le esperaba el dentista en Santa Marta.

Fue en ese momento cuando el Papa anunció por sorpresa que el 2015 sería un año dedicado a la vida consagrada. Tras un instante de desconcierto, el auditorio irrumpió en un cálido aplauso. El Papa se despidió de forma afectuosa (y quizás un tanto enigmática), agradeciendo a los presentes y a la vida religiosa el testimonio evangélico, la entrega generosa, los mártires que dan a la iglesia³ y

³ Poco antes había tenido lugar en Tarragona la beatificación masiva de 522 mártires de la Guerra Civil. La mayoría de ellos eran religiosos y pro-

“las humillaciones por las que tienen que pasar. Es el camino de la cruz y no hay otro”.

El mes pasado, ya en febrero de 2016, terminaba el año de la vida consagrada. Han sido muchos los actos, congresos, publicaciones, encuentros que han girado en torno a este importante y significativo sector de nuestra Iglesia. Quizás ahora que ya ha pasado el fragor de los eventos, la necesidad de su organización y las evaluaciones de muy diverso signo de lo que este año ha supuesto, aquel encuentro con el papa Francisco (espontáneo y muy rico) vuelve a nuestra mente. Tal vez el Papa dio en aquella conversación algunas de las claves de lo que, en la actualidad, considera importante para la vida consagrada y mostró sin ambigüedades sus subrayados principales. Por ello, me dispongo a señalar algunos puntos de aquel encuentro que considero más significativos. No se trata de sistematizar el pensamiento del Papa sobre la vida religiosa (algo, por otra parte, no tan sencillo⁴), ni siquiera de destacar los puntos principales de su

bablemente el Papa (que se hizo presente en la celebración con un videomensaje) tenía en mente este evento.

⁴ Spadaro destacaba en su resumen oficial que el pensamiento del Papa “tiene un ritmo a olas progresivas” (*ondate progressive*).

pensamiento, sino simplemente se trataría de llamar la atención (para nuestra propia reflexión) acerca de algunos aspectos que puso de manifiesto en aquel encuentro y que, ahora, tras la experiencia de este año, pueden ser releídos con mayor perspectiva.

El testimonio de la vida fraterna

Fue este el primer tema abordado por el Papa en la reunión con la USG y en el que se detuvo más tiempo. Dio la sensación de que era un tema que le preocupa y que le interesa. Parece hablar como quien ha vivido el gozo y también la problematicidad de la vida en común y los relea desde la experiencia y la serenidad de los años. Francisco insistió en que la fraternidad es un valor en sí misma, un valor previo a cualquier trabajo pastoral. En un mundo roto por mil divisiones y disputas, el hecho de que hombres o mujeres de diversa procedencia, de diversa edad, de diversa raza, de diversa cultura e incluso de diversa sensibilidad puedan vivir juntos, orar juntos, crecer humana y espiritualmente juntos, supone un signo poderoso e interpelante en nuestro tiempo. Por todo ello (y Francisco no es un Papa que esconda las consecuencias de su pensamiento), atentar contra la fraternidad es un pecado

grave, ya que convierte el testimonio de la vida en común en piedra de escándalo.

Bergoglio es bien consciente de que la vida fraterna no siempre es fácil. No hay que esconder el conflicto, hay que abordarlo con delicadeza, con seriedad, con diálogo, y con humildad. Lo resume en su frase “hay que acariciar el conflicto”. Creo que se trata de un aspecto muy sugerente de su concepción de la vida religiosa. Para el Papa el conflicto debe ser acariciado con “ternura de eucaristía” (una expresión tomada de un himno a San José que usa con frecuencia), es decir, con una ternura que nace de la fe y de los valores del Evangelio. Los políticos resuelven los conflictos negociando (lo cual es valioso y positivo socialmente), pero en la vida religiosa esto no funciona. Los religiosos abordan los conflictos elevándolos a un nivel superior, mirándolos desde los valores evangélicos. Esto es algo muy serio ya que no se trata simplemente de espiritualizar el conflicto, sino de recordar la motivación primera, la llamada de Jesús a un seguimiento radical. Es un contrasentido triste y ridículo ver a religiosos que, habiéndolo abandonado todo por el Reino, negocian acerca de cosas pequeñas y racanean o escatiman en su entre-

ga, en su servicio apostólico o en su consagración religiosa.

En este sentido, el Papa destacó la importancia del rol de los superiores en la vida religiosa y utilizó una imagen que, más tarde, emplearía de nuevo en *Evangelii Gaudium* (n. 31), pero referida allí a los obispos. Para el Papa, el superior religioso debe caminar delante de la comunidad, abriendo caminos, testimoniando y animando. Debe ir también en medio de la comunidad, compartiendo con el grupo sus alegrías y tristezas, sus problemas y dificultades. Asimismo, debe caminar detrás del grupo, animando a los que llevan un ritmo más lento, a los que necesitan una ayuda especial y (lo que resulta muy significativo) debe dejarse también guiar por el grupo que, a veces, tiene intuiciones muy valiosas y abre caminos nuevos ante los cuales el superior no puede permanecer impasible o sordo.

A todo ello, habría que añadir el aceite de la ternura que vendría a engrasar esta máquina: la ternura humaniza, hace perder miedos y prejuicios, ayuda a encontrar al hermano concreto en su realidad. En definitiva, la ternura hace del conflicto fraterno una ocasión de gracia y de crecimiento personal y comunitario.

La vida religiosa en la misión de la Iglesia

El papa Francisco es jesuita y, como tal, concibe la vida religiosa fundamentalmente desde un punto de vista apostólico. La misión, el anuncio del Evangelio, el apostolado son elementos prioritarios en su concepción de la misma, sin que, por ello, descuide otras dimensiones como la espiritual o la comunitaria. En este sentido, el Papa puso en relación la misión de la vida consagrada en la Iglesia de hoy con las célebres periferias geográficas y existenciales a las que en muchas ocasiones hace referencia en discursos y homilías. Para él, la vida religiosa no solo está llamada a ir a las periferias (como ha hecho tantas veces de forma heroica en diversos contextos y misiones), sino que, además, está llamada por su misma esencia, a ayudar a la Iglesia entera a “mirarse a sí misma desde las periferias”, a “entenderse desde las periferias”. Los religiosos son los que mejor pueden mostrar una Iglesia que no es autorreferencial, cerrada en sí misma, una Iglesia que se aferra a privilegios o a estructuras y son los que pueden ayudar a que nuestro punto de vista sea también más amplio. Podríamos decir que, para Francisco, la vida religiosa puede ofrecer una clave hermenéutica diversa

a la hora de afrontar problemas, misiones, situaciones y retos de nuestro tiempo. Por ello (esto ya lo decimos nosotros), quizás debería ser más escuchada, más tenida en cuenta, más valorada en ciertos ámbitos eclesiales. Quizás algo de eso intentó hacer el Papa convocando esta reunión a la que nos venimos refiriendo.

Como consecuencia de todo ello, es de máxima importancia que cada carisma, cada espiritualidad, cada familia religiosa busque sus propias periferias, sus propias fronteras. Se trata, sin duda, de un reto fascinante y que debería ser planteado en capítulos y asambleas. Cada congregación debería preguntarse (con seriedad, con valentía y con gozo) cuáles son las periferias a dónde dirigirse según su carisma. No es una cuestión fácil y en muchas congregaciones supondrá (si se toma en serio el reto lanzado por el Papa) un verdadero ejercicio de discernimiento y de reflexión. Pero es también un reto ineludible si queremos que nuestras órdenes y congregaciones sean significativas y lleven a cabo un verdadero servicio eclesial en fidelidad creativa a los respectivos carismas.

Todo ello se traduce en dos aspectos concretos señalados por el Papa: 1. La necesidad de buscar nuevos caminos pastorales, de

arriesgar, de probar, de tomar opciones y de abrir caminos con responsabilidad y seriedad (teniendo en cuenta nuestra responsabilidad ante los fieles⁵) pero, también, con el coraje y con la *parresia* evangélica que se nos supone a los consagrados; 2. La importancia de la “inculturación” (concepto que parecía un tanto olvidado en los últimos años). Citando a Ignacio de Loyola, el Papa invitó a actuar pastoralmente “según circunstancias de personas, tiempos y lugares” y llegó a afirmar que “uniformar el carisma es matarlo”. Este es, con el tono porteño del Papa, un “lindo desafío”.

El carisma no puede ser impermeable a las realidades culturales en las que germina. Más directamente lo señaló cuando afirmó que “el carisma no es una botella de agua destilada” sino que tiene que mezclarse con las realidades culturales y sociales en las que encontrará pecado, debilidades, injusticias que deben transformarse, y a la vez que son

⁵ Este es un aspecto que el Papa menciona frecuentemente. Aunque pueda parecer secundario, dice mucho de su carácter y de su visión pastoral el hecho de que Francisco tenga en cuenta, junto a la creatividad y el riesgo, la responsabilidad ante los fieles que exige prudencia. El Papa lo aplica en otros temas, como por ejemplo en lo referente a la importancia y a la seriedad de la formación de candidatos.

los signos y las huellas de la presencia del Espíritu. Indudablemente, la inculturación supone un reto difícil y no puede limitarse a algo folclórico o externo como si fuese un barniz para dar la impresión de que hemos asumido las diferentes culturas. Al contrario, la inculturación atañe a las mentalidades, a las concepciones diversas del mundo, de la vida, del ser humano y a la capacidad de cada carisma (si realmente lo son) de entrar en diálogo con las diversas culturas, enriqueciéndolas, transformándolas y escuchándolas.

Todo ello no significa ni debe significar que el carisma se relativice. Un carisma muestra su vigor y su vigencia cuando es capaz de entrar en diálogo y de ser significativo en diversos ámbitos culturales. Cuando el carisma se hace rígido o uniforme, es entonces cuando se debilita y se ahoga en el marco estrecho de una única cultura.

La vida religiosa en la estructura de la Iglesia

Sin pretender hacer un planteamiento eclesiológico o un discurso teórico elaborado, cuando el Papa fue preguntado acerca de las relaciones entre religiosos y obispos, lanzó algunas claves que pueden ser también muy significativas.

Eran pensamientos que –como él mismo señaló– se habían forjado en sus años de provincial, de jesuita habituado a obedecer y a gobernar y en los años de ministerio episcopal. De hecho, al papa Francisco le gusta recordar (lo ha hecho desde el primer momento de su pontificado) que es, sobre todo, obispo de Roma, es decir, pastor. De sus palabras se desprendía claramente que había conocido y bregado en muchos conflictos y en situaciones delicadas con religiosos de todos los estilos y carismas durante sus años como arzobispo de Buenos Aires⁶. En suma, se podría decir que el Papa hizo una llamada fuerte a una mayor y más estrecha colaboración. Los enfrentamientos entre obispos y religiosos (no tan frecuentes como a veces se piensa) son en ocasiones ridículos, debilitan la labor misionera y apostólica de la Iglesia (perdemos tiempo y energías en “clero-maquias” y en debates estériles), e incluso producen escándalo entre los fieles.

⁶ En una de las ocasiones en que he tenido la oportunidad de saludar personalmente al Papa, le recordé que el primer obispo de Buenos Aires fue un carmelita (Fray Pedro de Carranza, O.Carm.). Al respecto, me comentó jocosamente, como siempre corrige a quienes le dicen “cuando usted era obispo”: “¡Yo sigo siendo obispo!”.

Dicho esto, el Papa reconoció que, a veces, entre algunos obispos se da un gran desconocimiento de la vida religiosa (incluso de las comunidades existentes en la propia diócesis) o se entiende mal el servicio que los religiosos pueden hacer a la iglesia local. En no pocos casos, el obispo piensa que los religiosos son “materiales de ayuda”, sacerdotes que sirven para cubrir las plazas donde no hay clero suficiente y que, por consiguiente, (aunque esto no se diga abiertamente) son innecesarios cuando hay suficiente clero local. Afortunadamente, esta no es la situación más común, pero conviene insistir a los obispos en la importancia (esencial y no funcional) de la vida consagrada en la iglesia local.

En sentido contrario, el Papa se lamentó de que a veces los religiosos no sintonicen con los proyectos y con los programas pastorales de la diócesis, simplemente residiendo en ella, pero sin participar activamente en la pastoral de la misma. Más aún, el papa Francisco señaló que, cuando era arzobispo de Buenos Aires, le producía cierta desazón el hecho de que algunas congregaciones cambiaran frecuentemente de apostolado, asumieran parroquias y las dejaran poco años después y no llegaran a comprometerse de forma estable con la

parcela del pueblo de Dios que les había sido confiada.

Quizás convenga en este punto señalar que cuando el papa Francisco habla de vida religiosa o vida consagrada, resulta evidente que tiene en mente la vida apostólica. Como jesuita, para él la vida religiosa está encaminada y enfocada fundamentalmente a la misión apostólica. Algunos autores y comentaristas ya lo han puesto de manifiesto. Pero este aspecto no merma la validez de su discurso. En mi opinión, también la vida contemplativa, la vida mendicante, la vida eremítica, las congregaciones dedicadas a la acción social o humanitaria, tienen una responsabilidad con el pueblo de Dios. No son (no somos) extraterrrestres que tenemos una casa en un cierto lugar, sino religiosos que viven su carisma específico insertos en una iglesia local con la cual adquirimos, de algún modo, una cierta responsabilidad⁷. Ello tampoco quiere decir que la vida reli-

⁷ De hecho, en la homilía de la eucaristía del 2 de febrero de 2016 con la que se concluía solemnemente el año de la vida consagrada, el Papa ha señalado (parafraseando *Gaudium et Spes*) que “todas las formas de vida consagrada son llamadas a estar en estado permanente de misión y a compartir las angustias y esperanzas de la gente de hoy, especialmente de los más pobres”.

giosa debe perder la flexibilidad y la libertad de movimientos que la han caracterizado y que la han hecho tan útil y disponible para la iglesia universal. Lograr ese equilibrio entre disponibilidad misionera y compromiso con la iglesia local, constituye un reto importante para la vida consagrada, especialmente en nuestros tiempos de crisis y de falta de vocaciones en ciertas zonas del mundo. Se hará necesario para lograr ese equilibrio un discernimiento muy serio, generoso y franco tanto en el interior de las congregaciones y de las órdenes, como en diálogo con los obispos y las iglesias locales.

Para concluir este punto, el papa señaló que quizás había llegado el momento de elaborar un nuevo documento *Mutuae Relationes*. Teniendo en cuenta que este documento fue elaborado en 1978 y que, desde entonces hasta hoy, se han publicado documentos muy importantes para la vida de la Iglesia y han cambiado enormemente ciertas circunstancias, podemos pensar que un nuevo documento en este sentido sería muy útil. No se trata solamente de regular estas relaciones mutuas sino de animar, de inspirar y de abrir caminos para una colaboración más estrecha, fraterna y fructífera entre los religiosos y los obispos.

Importancia de la formación

Otro punto en el que el Papa se detuvo con especial énfasis fue el de la importancia de la formación para el futuro de la vida religiosa. La formación es un elemento esencial que no puede ser descuidado. Francisco es consciente de que hoy la formación es un tema delicado y no siempre fácil. Las condiciones culturales y sociales de las que vienen los candidatos a la vida religiosa son muy complejas y no se pueden ignorar. Es imposible y contraproducente seguir formando a los jóvenes del siglo XXI con los mismos parámetros y métodos del siglo XIX. Hay que tener muy en cuenta que no pocos vienen de familias desestructuradas (e incluso rotas); que proceden de una cultura fragmentaria y relativista y que tienen ansia de identidad; que son nativos digitales y que, por tanto, no comprenden un mundo que no sea, en cierto modo, digital. Ello no quiere decir que esta época sea más compleja o peor que otras. Cada período, cada tiempo, tiene sus dificultades y sus posibilidades. También hoy, hay que asumir con coraje y entusiasmo el reto de la formación de los jóvenes que se sienten llamados a la vida religiosa.

Para el papa Francisco, la formación debe construirse sobre cuatro pilares básicos: espiritual, intelect-

tual, comunitario y apostólico. Estos se convierten en *ítems* a la hora de valorar la idoneidad del candidato a la vida religiosa. El Papa señaló que prefería personas que obtuvieran una buena calificación en los cuatro *ítems*, a personas con una altísima calificación en uno de los cuatro, pero deficiente en otros (y las diversas posibilidades y combinaciones dan lugares a casos muy concretos que provocaron la hilaridad en los asistentes). Aunque durante las conversaciones del descanso pidió disculpas por el uso de la palabra “filtro”, señaló la importancia de discernir y de valorar seriamente la idoneidad de los candidatos. Una vez más, el criterio del Papa es esencial y prioritariamente apostólico. Tenemos una responsabilidad muy seria porque los jóvenes que hoy se forman en la vida consagrada, tendrán a su cargo una parcela del pueblo de Dios, lo que supone que la formación debe ser seria, exigente, responsable e integral. Es un argumento que ha aparecido, posteriormente, en diversas alocuciones y en discursos del Santo Padre y que parece preocuparle sobremanera. Ciertamente, el Papa no se refiere solamente al aspecto intelectual de la formación, sino que piensa en una formación integral que suponga un discernimiento serio de la posible llamada vocacional. Se trata, en definitiva, de

una formación que ayude a descubrir si verdaderamente existe esa llamada y a acompañar a los candidatos a una respuesta madura y generosa a la misma.

Fue en este punto, cuando el Papa volvió a denunciar el riesgo del clericalismo, de la formación concebida como una carrera de obstáculos que el candidato supera, para que, al final de la misma, se sienta seguro, instalado, cómodo, olvidando la frescura y la radicalidad de la primera llamada. Es bien conocida la aversión del Papa al clericalismo (tema recurrente en discursos y homilías). Para evitarlo, el pontífice insistió en la necesidad de una formación personalizada, cercana y cuidadosa. No se trata de formar grandes grupos, o cursos o generaciones sino, por el contrario, de formar personas concretas con sus problemáticas de modo que, a lo largo del proceso formativo, puedan ir encauzando y perfilando su entrega generosa a la Iglesia. Bergoglio no evitó mencionar los casos de abusos y el daño tan tremendo que estos han supuesto para las víctimas y para la misma Iglesia. Debemos aprender la lección y evitar el riesgo de aceptar personas con problemas serios, con tendencias peligrosas o con claros síntomas de falta de vocación. Se debe evitar, además, esa costumbre, por

desgracia muy frecuente, de aceptar personas que salieron de otros institutos y congregaciones a causa de estos u otros problemas serios.

Con gran libertad y con una chispa de humor, el Papa terminó este punto haciendo una llamada muy seria y contundente a los superiores generales: evitar una formación no personalizada ni cuidadosa que no asuma esa responsabilidad pastoral. Por este motivo, sus palabras declararon: “La formación es una obra artesanal, no políctica. Tenemos que formar el corazón. De otro modo formamos pequeños monstruos. Y después, estos pequeños monstruos forman al pueblo de Dios. Esto realmente me pone la piel de gallina”.

* * * *

Ahora que el año de la vida consagrada ha terminado, quizás de-

beríamos preguntarnos no tanto por su éxito (el número de congresos, el eco mediático, la valoración de la organización), sino más bien por los retos que nos deja entre las manos. Tras la parafernalia, llega el momento de la reflexión y del discernimiento, de desmenuzar los documentos y de hacerlos vida. Algunos de esos retos estaban ya más que dibujados en la reunión del 29 de noviembre de 2013. El hecho de que el Papa hablara de forma espontánea y muy libre acrecienta el valor de lo que dijo y nos lleva a pensar que sus afirmaciones y subrayados sobre la vida religiosa forman parte de lo más genuino y auténtico de su pensamiento.

Ojalá que este año finalizado haya supuesto realmente un tiempo de gracia, de reflexión, de revisión, de aire fresco y de esperanza para la vida religiosa en el mundo entero. ■

SALTERRAE

Manuel Sánchez Monge

Este
es el tiempo
de la
misericordia


SALTERRAE


Presencia
Teológica

MANUEL SÁNCHEZ MONGE

**Este es el tiempo
de la misericordia**

304 págs.

P.V.P.: 18,00 €

«Este no es un tiempo para estar distraídos», advierte el papa Francisco, «sino al contrario para permanecer alerta y despertar en nosotros la capacidad de ver lo esencial. Es el tiempo para que la Iglesia redescubra el sentido de la misión que el Señor le ha confiado el día de Pascua: ser signo e instrumento de la misericordia del Padre (cf. Jn 20,21-23)». Este es, por tanto, «el tiempo de la misericordia», como reza el título de esta publicación, en la que el Obispo de Santander nos adentra, con su talante profundamente pastoral, en la Bula *Misericordiae vultus*.


LOYOLA
GRUPO DE
COMUNICACIÓN

Apartado de Correos, 77 - 39080 Santander (ESPAÑA)
pedidos@grupocomunicacionloyola.com
